

# LO QUE EL TERREMOTO NO PUDO BORRAR: HUELLAS TEXTILES Y AGENCIA FEMENINA EN LA BAYRA DEL SIGLO XVI

## WHAT THE EARTHQUAKE COULD NOT ERASE: TEXTILE TRACES AND FEMALE AGENCY IN 16TH-CENTURY BAYRA

Inês MOREIRA RATO \*

### Resumen

El yacimiento de Bayra (Vera, Almería), sellado por el terremoto de 1518, preserva los restos de una producción textil doméstica de la primera mitad del siglo XVI. Este artículo trasciende el análisis técnico para interpretar estos vestigios como huellas de una agencia femenina y una economía del cuidado silenciadas. Desde una perspectiva arqueológica feminista, sostenemos que el trabajo textil en este contexto postconquista constituyó una práctica de resistencia cotidiana y un saber encarnado que sostuvo el tejido social. Los instrumentos textiles emergen así como claves para deconstruir narrativas androcéntricas y recuperar la centralidad del trabajo femenino.

### Palabras Clave

Arqueología Textil, Andalucía Oriental, Siglos XV-XVI, Contexto Doméstico, Agencia Femenina.

### Abstract

The archaeological site of Bayra (Vera, Almería), sealed by the earthquake in 1518, preserves evidence of domestic textile production from the first half of the 16th century. This article moves beyond technical analysis to interpret these remains as traces of silenced female agency and an economy of care. From a feminist archaeological perspective, we argue that textile work in this post-conquest context constituted a practice of everyday resistance and embodied knowledge that sustained the social fabric. Thus, textile tools emerge as key elements in deconstructing androcentric historical narratives and recovering the centrality of women's labour.

### Key words

Textile Archaeology, Eastern Andalusia, 15th-16th Centuries, Domestic Context, Feminine Agency.

## INTRODUCCIÓN

Entre las ruinas de Bayra, en los muros colapsados por el terremoto de 1518, permanecen fragmentos diminutos: una torre de rueca rota, un dedal oxidado, una aguja curvada por el uso. Son los testimonios silenciosos de un saber hacer femenino que desafía las grandes narrativas históricas. Lejos de ser meros utensilios, estos objetos son la materialización de una agencia ejercida desde el espacio doméstico, un ámbito tradicionalmente invisibilizado.

La ciudad de Bayra, en el tránsito entre los siglos XV y XVI, vivió un momento de inflexión marcado por la conquista castellana de 1488 y la consiguiente reconfiguración social tras la caída del Reino Nazarí de Granada. Sin embargo, la materialidad de su yacimiento en el Cerro del Espíritu Santo sugiere una historia de continuidad silenciosa y una cotidianidad resistente, sostenida por prácticas domésticas y saberes heredados que las mujeres mantuvieron con su trabajo. Fueron ellas, desde la intimidad del espacio doméstico, las principales guardianas de unos conocimientos y unos ritmos que sobrevivieron al cambio político.

---

\* Colaboradora del CHAM – Centro de Humanidades, Lisboa, irmrato@gmail.com, ORCID: 0009-0000-5256-7015.

En este cruce temporal, donde la imposición castellana se superpuso a las tradiciones nazaríes, se generó un paisaje híbrido tanto en lo material como en lo simbólico, cuyo pulso latía en los gestos cotidianos del trabajo textil femenino.

Este artículo propone una aproximación a la producción textil de Bayra desde una perspectiva arqueológica y social. Lejos de elaborar un mero inventario técnico, la intención es comprender cómo estos objetos revelan las estructuras de la vida, las relaciones de género, los modos de trabajo y las formas de resistencia. A través del análisis de los materiales arqueológicos, se plantea el textil como una ventana a la experiencia cotidiana y a la agencia de las mujeres que, a menudo desde la sombra del hogar, no solo confeccionaban tejidos, sino que daban forma al tejido social de su tiempo. Frente a los registros monumentales, estos materiales hablan desde el espacio donde se producían y reparaban los bienes esenciales para la subsistencia, un ámbito históricamente feminizado.

El objetivo es, por tanto, reconstruir las tramas de la vida cotidiana: las relaciones entre técnica y cuerpo, entre trabajo y género, entre continuidad y cambio. En ese escenario de transición entre la Edad Media y los inicios de la Edad Moderna, el hilo y la aguja se convierten en testimonios privilegiados de cómo las mujeres, mediante el trabajo textil, mantuvieron los ritmos de la vida y la memoria del hacer. Su labor constituyó un acto de preservación cultural que tejió la resistencia en la trama misma de lo cotidiano.

La Arqueología Textil, todavía joven dentro del panorama peninsular, permite articular una narrativa alternativa del pasado. Los fragmentos que nos llegan – a menudo mínimos, deformados o apenas perceptibles – son las huellas de una vida cotidiana que rara vez fue documentada. En estos restos se encuentra la posibilidad de una historia distinta: una historia escrita desde el hacer, desde la destreza, desde el conocimiento táctico de las mujeres y las comunidades que sostuvieron el tejido social de su época.

## CONTEXTO HISTÓRICO Y ARQUEOLÓGICO

El yacimiento de Bayra, situado en el Cerro del Espíritu Santo (Vera, Almería), ofrece una instantánea excepcional de la vida doméstica a inicios del siglo XVI. Sellada por el terremoto de 1518, la ciudad quedó suspendida en un momento de transición política y cultural: los años posteriores a la conquista castellana de 1488, cuando las estructuras sociales del antiguo reino nazarí se entrelazaban con las nuevas dinámicas del poder cristiano.

A partir del registro arqueológico y la continuidad material observada, puede inferirse que esta superposición política no implicó una ruptura inmediata en las formas de vida. En las casas de Bayra persistieron las prácticas y los ritmos heredados de generaciones anteriores: modos de cocinar, construir, hilar o remendar que sostenían la continuidad cotidiana más allá de los cambios de gobierno. La conquista transformó el marco administrativo, pero la evidencia material sugiere que no deshizo las redes domésticas ni los saberes que hacían posible la vida.

La arqueología ha documentado espacios domésticos y conjuntos de objetos asociados al día a día de la comunidad. La organización del registro permite proponer que, entre estas actividades, los trabajos textiles debieron ocupar un lugar central dentro de la economía doméstica. Asimismo, esta interpretación se basa en la distribución diferenciada de los materiales recuperados, que indica que la transición política no supuso un cambio abrupto en las prácticas de producción cotidiana.

Aun así, las fuentes escritas presentan otra imagen. El viajero alemán Jerónimo Münzer, que recorrió el sureste peninsular en 1494, pocos años después de la conquista, afirmaba que en Vera “(...) no habitan allí más que

cristianos (...) han sido expulsados los moros” (1924: 76), reflejando la retórica triunfal del nuevo poder. Sin embargo, si contrastamos esta fuente con el registro arqueológico se revela una convivencia más compleja, donde la herencia islámica persistió en la vida cotidiana. La aparente homogeneización cultural de los textos encubre, probablemente, un proceso más híbrido y gradual.

Desde esta perspectiva, la transición de Bayra no puede entenderse solo como un cambio de régimen, sino como una reconfiguración de los espacios del hacer. Si bien la dominación castellana trajo consigo nuevas jerarquías, las estructuras de género permanecieron sorprendentemente estables, la evidencia disponible permite interpretar que: tanto el mundo nazarí como en el mundo cristiano, las mujeres continuaron siendo las principales responsables de mantener y reproducir la vida cotidiana, tanto en sus aspectos materiales (alimentación, vestimenta, vivienda) como afectivos (cuidado y sostenimiento de lazos familiares y comunitarios).

Esta evidencia arqueológica encuentra su correlato en los estudios sobre las mujeres nazaríes. Como documenta Boloix Gallardo (2023) las mujeres no solo eran las principales responsables de la producción textil – con la rueca como centro de su actividad doméstica – sino también de la gestión alimentaria, desarrollándose principalmente en espacios como la cocina y las alhacenas donde guardaban víveres.

Esta división sexual del espacio y del trabajo, donde las mujeres aparecen confinadas al ámbito culinario y textil mientras los hombres ocupan las aljofas<sup>1</sup> para reuniones sociales, refleja una estructura patriarcal que, como sugiere el registro arqueológico de Bayra, persistió tras la conquista. Lo significativo es que esta organización no difiere sustancialmente de la que encontraremos siglos después, ni de aquella sobre la que asienta gran parte de la historia. La continuidad de estas prácticas – el hilado, la cocina, el cuidado – más allá del cambio político revela la profunda estabilidad temporal de lo que la teoría feminista identificaría como el trabajo de reproducción social, base silenciada pero fundamental de toda organización comunitaria a través de los siglos.

Bayra se convierte así en un caso privilegiado para estudiar cómo se vivió este cambio en la frontera nazarí, no solo a través de los discursos históricos, sino desde la evidencia material de la vida cotidiana. Su registro arqueológico permite cuestionar las periodizaciones rígidas y observar cómo las continuidades, adaptaciones y reelaboraciones culturales persistieron tras la conquista castellana. Como señalo Le Goff “(...) las rupturas son escasas. El modelo más común, la más o menos prolongada o profunda mutación, es la transición, el renacimiento interior” (2016: 53). En Bayra, esta observación adquiere pleno sentido: el reemplazo de elementos nazaríes por castellanos – como en la cerámica – no se produjo bruscamente, sino mediante procesos de coexistencia, negociación y reconfiguración (BUSTO ZAPICO y GARCÍA PORRAS 2024).

Desde esta mirada, Bayra no representa una sustitución cultural, sino un espacio híbrido, un *entre-medio* en el sentido de Bhabha (2002: 18): un terreno donde se elaboran nuevas estrategias de identidad, colaboración y cuestionamiento. En su paisaje material conviven rastros de lo nazarí y de lo castellano, de lo islámico y de lo cristiano, pero también de algo más profundo – las formas de sostener la vida que desbordan cualquier frontera.

De este modo, el yacimiento de Bayra se erige como un testimonio material de primer orden para desentrañar las complejas dinámicas de una frontera en transformación. Lejos de confirmar una narrativa de reemplazo abrupto, su registro arqueológico ilumina la resistencia silenciosa de la vida cotidiana, demostrando cómo los cambios políticos en la superficie coexistieron con profundas continuidades en las estructuras sociales, económicas y de género que realmente organizaban el mundo doméstico. Es precisamente en este espacio de aparente contradicción – entre la conquista militar y la persistencia de los hábitos – donde la historia de la transición postconquista debe ser reescrita.

1 Altillo o piso superior de la vivienda, normalmente destinado a almacenamiento o dormitorio, del árabe *al-gurfa*.

## PERSPECTIVA TEÓRICA

El estudio de los materiales vinculados a la producción textil requiere un enfoque que integre la técnica con la dimensión humana del hacer. La producción textil no puede entenderse únicamente como un proceso económico, sino como una práctica cultural, corporal y social. Cada herramienta, cada hilo y cada gesto forman parte de un entramado de relaciones entre personas, materiales y saberes (INGOLD 2011). Desde esta mirada, la Arqueología Textil se sitúa en el cruce entre la Arqueología Social, la Historia del Trabajo y las teorías del conocimiento encarnado.

Para comprender estas prácticas en su profundidad, esta investigación se sustenta en la noción antropológica de que el cuerpo funciona como un soporte simbólico (TURNER 2012) y en el concepto de “técnicas del cuerpo” (MAUSS, citado en SILVANO 2021), que entiende acciones como hilar o tejer no como meros actos mecánicos, sino como prácticas culturalmente construidas y transmitidas.

Desde esta perspectiva, los instrumentos textiles – fusayolas, husos, dedales – son extensiones corporales que participan en la modelación social del cuerpo y en la performatividad de identidades, especialmente las de género.

El textil, tradicionalmente vinculado al ámbito femenino, ofrece un campo privilegiado para explorar cómo las prácticas materiales reproducen y, al mismo tiempo, transforman las estructuras sociales. Más que confirmar estereotipos, el análisis busca comprender las formas en que las mujeres ejercieron agencia en su entorno mediante la práctica textil (COSTIN 1991; RIVERA GARRETAS 1990). En este sentido, el estudio del tejido se convierte en una vía para reconocer el papel activo del trabajo doméstico en la construcción de la vida social.

Esto no significa que los hombres no formaran parte de las actividades textiles. La clave de nuestro enfoque radica en que estos no son el género que ha sido recurrentemente invisibilizado por la historia, ni fueron relegados a un trabajo doméstico sistemáticamente considerado inferior. A los hombres, por el contrario, siempre se les ha concebido un lugar de reconocimiento, frente a unas mujeres a las que se consideraba impropio que trabajaran y lucharan por obtener la misma consideración (RIVERA GARRETAS 2005; FEDERICI 2004).

Como tal, esta investigación priorizará las mujeres, cuyos dedales investigados en el yacimiento presentan diámetros que se ajustan a los rangos esperados para dedos femeninos, comprendidos entre 1,57 cm y 1,77 cm de diámetro (Tab. 1) (SÜNTEV 1989). Este enfoque se justifica al entender que a ellas se les forzó a encargarse del hogar y la familia, un rol que nunca fue cuestionado. Si su labor nunca fue cuestionada en el pasado, ¿por qué habríamos de cuestionar ahora la necesidad de dedicarles un estudio específico que rescate su papel histórico?

UE	Altura	Grosor	Peso	Diámetro
2010	2,03 cm	0,09 cm	5,02 gr	1,73 cm
3024	1,73 cm	0,10 cm	2,83 gr	1,57 cm
3055	3,04 cm	0,15 cm	4,55 gr	1,77 cm
3091	2,13 cm	0,10 cm	3,99 gr	1,77 cm
6010	1,81 cm	0,08 cm	4,43 gr	1,64 cm

Tab. 1. Medidas de los dedales.

## PERSPECTIVA METODOLÓGICA

En las sociedades preindustriales, la producción textil constituía una de las actividades más extendidas y vitales. Su realización dentro del ámbito del hogar integraba las dimensiones productiva y reproductiva de la vida cotidiana. La identificación de múltiples herramientas vinculadas a la producción textil confirma esta realidad, evidenciando una actividad artesanal integrada en el espacio doméstico.

El registro arqueológico se compone principalmente de instrumentos como fusayolas, alfileres, dedales y husos. El análisis macroscópico y óptico de estos elementos, complementando con la minuciosa observación de su contexto estratigráfico, brinda valiosa información para reconstruir tanto los aspectos técnicos como las dinámicas sociales del proceso productivo. A partir de la localización de los materiales, se infiere que, si bien una parte considerable procede de contextos secundarios – posiblemente derivados de estructuras domésticas situadas en las partes altas del asentamiento, cuyos materiales fueron desplazados hacia las faldas del cerro – fue posible identificar en al menos una de las tres estructuras domésticas identificadas en el yacimiento, la secuencia completa de producción. La única etapa que permaneció sin evidencia clara – y que constituye, por lo tanto, una incógnita pendiente de la investigación – fue el procesamiento inicial de las fibras.

Sin embargo, este registro material encierra un potencial analítico muy superior al de la mera descripción técnica. Para activarlo, proponemos un marco metodológico basado en tres interrogantes críticos que siguen la lógica del trabajo arqueológico: comienza con lo tangible (¿cómo se hace?), se sitúa en el contexto (¿dónde se hace?) y culmina en la agencia social (¿quién lo hace?). Esta triada transforma la cultural material en una potente herramienta para desmontar narrativas históricas establecidas.

La primera pregunta, *¿cómo se hace?*, exige trascender la mera tipología de los artefactos para reconstruir los procesos técnicos y los gestos corporales del trabajo textil. El análisis de los materiales documentó sistemáticamente descripción, medidas, peso, análisis microscópico y registro fotográfico de cada pieza. A los instrumentos que contenían restos textiles se les prestó especial atención, aplicando criterios analíticos propuestos por Andersson Strand *et al.* (2010), y se desarrolló una ficha de registro como parte de la metodología; aunque la ficha no será el foco de este artículo, permitió interpretar con precisión los procesos de producción. Además, el propio estado de los objetos – dedales con agujeros por el uso (Fig. 1), alfileres curvados, fusayolas con marcas de desgaste – constituye un testimonio tangible de la experiencia de las artesanas y de la complejidad encarnada de su saber.



**Fig. 1.** Posible dedal de guarnicionero procedente de Bayra.

La respuesta al “cómo” conduce inevitablemente a una segunda cuestión: *¿dónde se hace?* El análisis de la distribución espacial de los instrumentos textiles en Bayra es revelador: su ubicación sistemática en unidades domésticas demuestra que el espacio de producción era el mismo que el de la vida cotidiana. Pero lejos de ser un dato trivial, esta evidencia transforma radicalmente la interpretación del ámbito doméstico. Lo que superficialmente parece un escenario pasivo se revela, a la luz de la complejidad técnica previamente establecida, como un taller social activo, un núcleo productivo donde el trabajo textil se integraba con las tareas reproductivas, definiendo una geografía específica de la producción femenina.

Finalmente, la combinación del “cómo” (un saber complejo) y el “dónde” (el taller doméstico) nos enfrenta a la pregunta crucial: *¿quién lo hace?* La identificación de las mujeres como principales artesanas es ahora una

conclusión cargada de significado. El “quién” que emerge no es el de una ejecutora pasiva, sino el de un agente de un saber poderoso, cuya actividad estaba motivada por una doble lógica: la necesidad económica en una economía de subsistencia y una ética del cuidado responsable de mantener el mundo material y social. La tríada simplista, “textil, mujeres, doméstico” se descompone así. Ya no es una relación de pertenencia natural, sino un nodo dinámico donde la técnica, el espacio y la agencia se constituyen mutuamente, revelando que la labor textil era el pilar invisible de unas estructuras sociales que, paradójicamente, tendían a invisibilizarla.

## ESPACIOS DE AGENCIA Y PRÁCTICA SOCIAL

Aunque en el yacimiento de Bayra no se han conservado muchos restos textiles, la presencia de instrumentos vinculados a la producción – pesas de telar, fusayolas o dedales – permite inferir una actividad textil doméstica bien asentada. A partir de estas evidencias materiales y del contexto histórico-social de la época, es posible reconstruir, aunque sea de forma aproximada, las dinámicas productivas y relacionales que sustentaban estas prácticas.

La práctica textil se inscribe en un entramado de relaciones donde la técnica y la vida cotidiana resultan inseparables. Los materiales recuperados del yacimiento del Cerro del Espíritu Santo revelan una actividad doméstica sostenida en el tiempo, vinculada al mantenimiento del hogar y a la transmisión intergeneracional de saberes. Lejos de ser una labor marginal, el trabajo textil articulaba una parte esencial de la economía local y de la organización social.

Cada fase del ciclo productivo – desde la preparación de la fibra hasta la confección y el remiendo – implicaba una coordinación precisa entre cuerpo, herramienta y experiencia. Estos gestos repetidos generaban un conocimiento que no se transmitía por escrito, sino a través de la práctica, la observación y la memoria.

Como señala Rivera Garretas, “la cancelación de la genealogía materna en las sociedades patriarcales (...) ha tenido consecuencias muy negativas para la escritura de la historia de las mujeres” (1990: 14-15), interrumpiendo redes de transmisión simbólicas y materiales que habrían permitido reconocer la complejidad de estos saberes. El resultado es que, incluso para muchas mujeres, esta labor se experimentó como un deber inherente a su género, y no como lo que también era: un saber complejo y digno de ser reconocido. Al romper esa continuidad, el patriarcado despojó a las mujeres de sus propios espacios de memoria, relegando sus saberes al ámbito de lo invisible o de lo naturalizado.

Sin embargo, y aquí reside la paradoja, al rescatar estas “genealogías del hacer” no se glorifica la imposición, sino que se revela lo que surgió *a pesar y en el interior* de ella. Recuperar estas prácticas implica reconocer que, dentro de ese rol obligatorio, las mujeres desarrollaron un conocimiento poderoso y una ética de cuidado. Lejos de ser una mera ejecución de tareas, el trabajo textil funcionaba como archivos encarnados, donde el conocimiento circulaba a través del cuerpo y del tiempo.

Por su parte, Ingold (2011), propone entender el hacer no como la imposición de una forma sobre la materia, sino como una correspondencia entre los gestos de la mano y las propiedades del material. La destreza manual o el control de la torsión del hilo representaban, por tanto, una forma de conocimiento relacional y una maestría técnica que desmiente la idea de que se trataba de una labor simple o meramente instintiva.

El reconocimiento de estas genealogías del hacer permite comprender que la práctica textil no solo producía objetos, sino también vínculos: sostenía una red de relaciones donde el trabajo, el afecto y el conocimiento se entrelazaban. En ese tejido cotidiano, el cuidado no era una obligación moral, sino una forma de continuidad,

un modo de mantener unida la vida material y social. Desde esta perspectiva, el espacio doméstico se revela no como ámbito pasivo, sino como verdadero núcleo productivo en el que la economía del hacer se confunde con una “política de cuidado”<sup>2</sup> (PUIG DE LA BELLACASA 2017: 58) – una forma de sostener el mundo a través del trabajo manual y de la cooperación cotidiana.

Más que en los tejidos conservados, la materialidad textil se manifiesta en los gestos y herramientas que la hacían posible: hilar, tejer, remendar. En Bayra, la presencia de utensilios de producción permite reconstruir ese universo material del cuidado y del mantenimiento, donde cada reparación implicaba una ética de la persistencia. Los remiendos, refuerzos y transformaciones – prácticas que prolongaban la vida de los objetos – muestran cómo la continuidad del hogar dependía de mantener las cosas cerca de la piel y del uso. Cada reparación implicaba una decisión de conservar antes que reemplazar, de atender antes que descartar. Los tejidos circulaban dentro y fuera del hogar, pasando de una generación a otra, siendo reparados o transformados según las necesidades. Cada prenda contenía, por tanto, la memoria de quienes la produjeron y la usaron, actuando como soporte de identidad y de afecto.

Aunque los registros arqueológicos permiten reconstruir parcialmente estas prácticas, la continuidad de ciertos saberes textiles puede rastrearse también en épocas más recientes. El caso de Degaña (Asturias) constituye un ejemplo elocuente: una fotografía tomada en 1927 muestra a una mujer hilando lana con rueca y huso suspendido en un contexto doméstico (Fig. 2). Evidenciando que técnica como el hilado manual, y por extensión también el remiendo o los trabajos textiles siguieron formando parte de la vida cotidiana de muchas mujeres hasta bien entrado el siglo XX.

La desaparición progresiva de estas prácticas no se debió a su obsolescencia, sino a transformaciones estructurales: la industrialización, la disponibilidad de ropa fabricada a gran escala y a bajo costo, y la reorganización de los modos de vida domésticos hicieron que gran parte de este conocimiento se fuera olvidando. Hasta entonces, remendar, zurcir o elaborar prendas formaba parte de un repertorio técnico aprendido de madres a hijas, ejercido por necesidad y como estrategia de mantenimiento económico y social. En las generaciones anteriores, incluso en hogares con cierta capacidad adquisitiva, estas habilidades seguían siendo comunes y valoradas: no eran exclusivamente rurales, sino un pilar de la gestión doméstica y de la continuidad material de la vida familiar.



**Fig. 2.** *Mujer filando lana con rueca y huso, 1927 (Fotografía en MEMORIA DIGITAL DE ASTURIAS 2009)*

<sup>2</sup> Traducción propia, original: “Politics of Care”.

Este ejemplo permite comprender que la asociación entre mujeres, espacio doméstico y producción textil no es un estereotipo moderno, ni una práctica residual, sino una estructura de larga duración, presente durante siglos y sostenida por necesidades materiales, formas de organización familiar y una división de género del trabajo profundamente arraigada. La persistencia de estos saberes hasta tiempos recientes evidencia que la domesticidad femenina y la producción textil no fueron elecciones individuales, sino componentes estructurales y epistemológicos de la organización social, cuyos conocimientos fueron históricamente desvalorizados e invisibilizados.

Recordar y rescatar estos saberes no consiste únicamente en nostalgia o etnografía, sino en visibilizar una historia que ha sido sistemáticamente silenciada, reconociendo que las “genealogías del hacer” femenino constituyeron un componente central de la vida doméstica, económica y simbólica, y no un añadido marginal, en consonancia con la crítica feminista que vincula la explotación y la subordinación de las mujeres con los procesos de acumulación y control social (RIVERA GARRETAS 1990; FEDERICI 2004).

La vida material de los objetos textiles era, en sí misma, una forma de relación: los hilos que se desgastaban, las costuras que se reforzaban y los parches visibles constituían un palimpsesto donde quedaban inscritos los ritmos de trabajo, los cuidados y las trayectorias familiares. La transformación constante de la materia convertía a los objetos en biografías abiertas, cuyo valor no residía en la perfección, sino en su capacidad de seguir sirviendo y acompañando la vida cotidiana. Desde esta perspectiva, el hogar puede entenderse como un taller social en el sentido propuesto por Costin (2020): un entorno en el que la producción no solo implica técnica, sino también la cooperación, jerarquías flexibles y decisiones compartidas. Estos talleres domésticos no solo organizaban tareas, sino que distribuían responsabilidades afectivas y materiales, sosteniendo una temporalidad marcada por el mantenimiento.

El tiempo de la costura y del remiendo, repetitivo y paciente, contrasta con los ritmos acelerados de la producción destinada al mercado. Se trata de un tiempo que insiste en la duración, en la resistencia de las cosas y de las relaciones, en la lenta acumulación de gestos que mantienen el mundo funcionando. La agencia no se ejercía desde la ruptura, sino desde la repetición: en el acto de hilar, de remendar o de conservarse se encarnaba una manera de sostener el mundo, de hacerlo persistir pese al cambio. Reparar, mantener y transformar eran gestos que se oponían a la lógica de reemplazo inmediato, afirmando la continuidad de los objetos y de los vínculos.

Esta insistencia cotidiana, esta ética de la persistencia, podía convertirse en una forma de resistencia silenciosa: un hacer que afirmaba interdependencia y cuidado en un entorno donde la supervivencia dependía de la colaboración constante. Esta perspectiva permite entender el textil no como objeto terminado, sino como proceso continuo de negociación entre materia, tiempo y cuerpo. El tejido se convierte en metáfora y práctica de la interdependencia: cada hilo, cada punto, cada nudo encierra una decisión sobre la forma en que se ordena la vida. En ese entrelazado, las mujeres actuaron como agentes de estabilidad y de transformación, manteniendo, a través de sus manos, la coherencia de un mundo en movimiento.

Esta dinámica, no obstante, tuvo un reverso explotador. Silvia Federici sostiene que el trabajo doméstico no remunerado es la base oculta del sistema capitalista, argumentando que: “(...) el trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar ha sido el pilar sobre el cual se ha construido la explotación de los trabajadores asalariados, la ‘esclavitud asalariada’ y el secreto de su productividad”<sup>3</sup> (2004: 8). Esta estructura de explotación no fue la invención del capitalismo, sino que se consolidó sobre una base patriarcal preexistente. La relegación

3 Traducción propia, original: “(...) women’s unpaid labor in the home has been the pillar upon which the exploitation of the waged workers, ‘wage slavery’, has been built, and the secret of its productivity.”

de las mujeres a la esfera doméstica – y la consecuente naturalización de sus labores – ya constituía un orden social funcional que el capitalismo heredó, intensificó y reorganizó en beneficio de la acumulación.

La destrucción de Bayra en 1518 y su posterior reconstrucción en Vera en 1520 materializan, en efecto, la resiliencia de esta estructura patriarcal y de la economía del cuidado que la sustentaba. Sin embargo, lejos de ser una mera aceptación pasiva, esta misma estructura generaba sus propias tensiones y, en sus intersticios, surgían actos de desafío que ponen de relieve la agencia femenina incluso en contextos de gran adversidad.

La lucha de siete mujeres en la Vera del siglo XVI, sucesora de la antigua Bayra, constituye un testimonio elocuente de ello. Como relata Jiménez Jurado (1998), durante la Guerra de las Alpujarras (1569), con los hombres ausentes, María de Salas, Esperanza de Salas, María Chinchilla, María “la Macaelí”, Catalina Navarro, María Fajardo y María Laso solicitaron ser examinadas como “maestras de la seda”, un oficio hasta entonces ejercido exclusivamente por hombres (JIMÉNEZ JURADO 1998: 163). Tras superar un examen de igualdad de condiciones con los candidatos varones en la ciudad de Vera, fueron declaradas “hábiles y suficientes”, obteniendo así la licencia para ejercer el oficio de manera remunerada.

Este acto de audacia no es un hecho aislado, sino la manifestación más visible de una agencia cultivada en la resistencia cotidiana del hogar. La conexión con la Guerra de las Alpujarras es crucial: las mujeres moriscas no eran meras espectadoras, sino las depositarias de la identidad cultural que la corona pretendía erradicar. El mismo “saber hacer” textil que permitió la continuidad cultural tras la conquista de 1488 se convirtió, durante la revuelta, en un capital social y económico vital. Mientras los hombres combatían, la supervivencia de la comunidad recaía íntegramente sobre ellas. Su conocimiento del hilado y el tejido – es “economía del cuidado” sostenida en la cotidianidad – se convirtió en una herramienta de resistencia colectiva.

La lucha de María de Salas y sus compañeras por acceder al oficio de la seda fue, por tanto, un acto político: un intento de asegurar la autonomía económica de sus familias en un momento de vulnerabilidad.

¿Qué alternativas desesperadas habrían aguardado a estas madres de familia de no lograr el reconocimiento de su maestría? La obtención de la licencia parece ofrecer una solución a esa desesperación, pero también plantea una pregunta incómoda: ¿Hasta qué punto un documento oficial podía protegerlas de una discriminación estructural tan arraigada?

El título las legitimaba como trabajadoras, pero no garantizaba que dejaran de ser vistas como mujeres, moriscas y “morenas” en un mundo que las definía como “menos que nada” (JIMÉNEZ JURADO 1998: 161). Su gesto perdura no como un final feliz, sino como un testimonio de que, incluso ante estructuras aparentemente inamovibles, el desafío en sí mismo constituye una forma de victoria.

Este hecho, ocurrido en la misma Vera que había sido reconstruida como sucesora de la Bayra destruida, es revelador: demuestra que las bases patriarcales no solo persistieron tras la catástrofe, sino que se consolidaron en el nuevo orden urbano. La lucha de estas mujeres por acceder a un trabajo remunerado en la industria de la seda, medio siglo después del terremoto, prueba que la división sexual del trabajo era un pilar estructural de larga duración, tan resiliente como las propias ciudades que la albergaban. Esta misma base, que naturalizaba la explotación del trabajo femenino no remunerado en el ámbito doméstico, sería la plataforma sobre la que más tarde evolucionaría y se perfeccionaría el sistema capitalista.

La omisión historiográfica de esta economía invisible no responde a su irrelevancia, sino a la operación epistemológica que ha silenciado sistemáticamente el trabajo femenino. Un silencio que se ha pretendido contribuir a resquebrajar, sumándose al esfuerzo de la crítica feminista por rescatar estas “genealogías del hacer” y devolverles su lugar central en la comprensión de la vida social y económica de comunidades como Bayra.

## CONSIDERACIONES FINALES

El análisis de la producción textil en Bayra, guiado por la tríada metodológica – cómo, dónde, quién – trasciende la mera descripción de artefactos. La respuesta a estas preguntas revela un universo de prácticas sociales y conocimiento encarnados que desmontan la narrativa de una sustitución cultural abrupta. Lejos de ello, el registro material evidencia una continuidad resistente de la vida doméstica y de la economía del cuidado, sostenida por mujeres desde el espacio del hogar, que se erigió como un verdadero taller social. Este hallazgo, sin embargo, no se afirma bajo el velo de una pretendida neutralidad histórica.

Como advierte Donna Haraway (1995: 328-329), la objetividad que pretender ver “desde ningún lugar” – una mirada supuestamente universal y sin cuerpo – es uno de los trucos divinos de la ciencia moderna: el gesto de hablar como si fuera posible observar el mundo sin estar implicado en él. Esta ilusión de una mirada omnisciente y deslocalizada, que en apariencia garantiza la objetividad, acaba por reproducir las mismas jerarquías de poder que dice superar. Una lectura que se declare estrictamente neutral ante un registro material ya sesgado – producido, en gran parte, por y para las élites – se vuelve así cómplice del silencio impuesto a las voces subalternas. Frente a esa “visión desde ningún lugar”, Haraway propone los “conocimientos situados” (1995: 187-188): formas de saber que reconocen que toda mirada parte de un lugar concreto – un cuerpo, una historia, una posición social – y que precisamente en esa localización radica su fuerza crítica.

Asumir esta posición implica comprender que preguntarse cómo, dónde y quién produce los textiles es, en sí mismo, un acto de posicionamiento. Es asumir el compromiso de escarbar las estructuras de poder que naturalizaron la explotación del trabajo femenino y lo relegaron al dominio de lo invisible. Cuestionar hoy la división sexual del trabajo no es un anacronismo, sino un ejercicio de honestidad intelectual que exige confrontar las evidencias materiales más allá de los prejuicios documentales.

Imaginar, en aras de una supuesta objetividad, que podrían haber sido los hombres quienes remendaban la ropa o cuidaban de los hijos, no es solo contrario a toda la carga contextual y etnográfica disponible; es reproducir la misma violencia epistémica que borró a estas mujeres de la historia. La verdadera objetividad no reside en fingir una neutralidad inalcanzable, sino en ser honesto sobre los propios límites y elecciones interpretativas.

Ciertamente, hubo hombres involucrados en trabajos textiles o que cuidaron del hogar y de sus hijos. Pero la evidencia material, etnográfica e histórica en su conjunto apunta de forma abrumadora a las mujeres como las principales sostenedoras de esta economía del cuidado. Reconocer esta realidad no es un sesgo, es un acto de justicia historiográfica. Utilizar la posibilidad de la excepción para cuestionar la evidencia de la regla, refugiándose en una “objetividad” mal entendida o en un “ver para creer” que solo acepta lo documentado por las élites, no es rigor científico. Es, precisamente, el mecanismo que ha permitido la continua invisibilización de su trabajo.

Hablamos, además, de siglos de esta dinámica. No de un momento aislado, sino de una estructura milenaria de trabajo no remunerado y socialmente naturalizado. Ante esta evidencia abrumadora, insistir en la excepción puntual como objeción es una forma de arrojar arena a los ojos. Es la misma lógica que, ante la brutal historia de la esclavitud, responde con un “pero hubo amos benevolentes” o “también hubo personas esclavizadas que lograron obtener la libertad”. Un grano de arena de un hecho positivo no puede, ni debe, ocultar el desierto de siglos de opresión. No se puede borrar la realidad estructural con la anécdota. Reconocer este peso histórico no es un acto de sesgo, sino el requisito mínimo para empezar a escribir una historia honesta que deje de enterrar, bajo la ficción de una neutralidad cómplice, a las mujeres que sostuvieron el mundo con sus manos.

En definitiva, hacer arqueología desde los textiles es, en última instancia, un acto político: rechaza que la única historia válida sea la de quienes tuvieron el privilegio de escribirla y reconoce, en cambio, el poder de las manos que, en el silencio del taller doméstico, sostuvieron el mundo.

## AGRADECIMIENTOS

Esta investigación forma parte del Proyecto General de Investigación: Bayra. Yacimiento arqueológico Cerro del Espíritu Santo (Vera, Almería), financiado por el Ayuntamiento de Vera a través del contrato OTRI-5486 con la Universidad de Granada y el Grupo HUM-1035 Producción Intercambio y Materialidad (PRINMA). Esta publicación es parte del Proyecto C-HUM-222-UGR23 financiado por la Universidad de Granada, el Programa Operativo FEDER 2021-2027 y la Consejería de Economía, Conocimiento, Empresas y Universidad de la Junta de Andalucía; y del Proyecto PID2022-140442NA-I00, financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033/ y por “FEDER/UE”.

## BIBLIOGRAFÍA

ANDERSSON STRAND, E., MARGARITA FREI, K., GLEBA, M., MANNERING, U., NOSCH, M. L., SKALS, I. (2010): Old Textiles - New Possibilities. *European Journal of Archaeology* 13 (2): 149-173.

BHABHA, K. (2002): *El Lugar de la Cultura*. Buenos Aires: Manantial.

BOLOIX GALLARDO, B. (2023): Las Mujeres del Mundo Rural Nazarí. Vidas Cotidianas, Espacios y Objetos Domésticos según la Tuḥfat al-Muḡtarib de Aḥmad AL-Qaštālī (siglo XIII). *Anuario de Estudios Medievales* 53 (2): 477-514.

BUSTO ZAPICO, M., GARCÍA PORRAS, A. (2024): ¿Persistencia, Sustitución, Ruptura? Cultura Material Cerámica en el Sudeste de la Península Ibérica entre los Siglos XV y XVI. (Póster) *XIV Congress AIECM3 on Medieval and Modern Period Mediterranean Ceramics (AIECM3)*, Ravenna, Italy. Universidad de Granada. <https://zenodo.org/records/14589279>

COSTIN, C. (1991): Craft Specialization: Issues in Defining, Documenting, and Explaining the Organization of Production. *Archaeological Method and Theory* 3: 1-56. <https://www.jstor.org/stable/20170212>

COSTIN, C. (2020): What is a Workshop? En Hodgkinson, A. y Lelek Tvetmarken, C. (eds.): *Approaches to the Analysis of Production Activity at Archaeological Sites*: 177-197. Oxford: Archaeopress.

FEDERICI, S. (2004): *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*. New York: Autonomedia.

HARAWAY, D. (1995): *Ciencia, Cyborgs y Mujeres: La Reinención de la Naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.

INGOLD, T. (2011): *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description*. Nueva York: Routledge.

JIMÉNEZ JURADO, M. (1998): Palabra en el Tiempo de la Industria de la Seda en Almería: Un Caso Insólito de Trabajo Femenino. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales del IEA* 16: 159-168.

LE GOFF, J. (2016): *¿Realmente es Necesario Cortar la Historia en Rebanadas?* Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

MÜNZER, J. (1924): Viaje por España y Portugal en los Años 1494 y 1495. Ed. Puyol, J. *Boletín de la Real Academia de la Historia* 84: 32-119.

PRINCIPADO DE ASTURIAS (2009): Mujer filando lana con rueca y fuso en Degaña, 1927. *Memoria Digital de Asturias*. <https://shorturl.at/2ZRoS>

PUIG DE LA BELLACASA, M. (2017): *Matters of care: speculative ethics in more than human worlds*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

RIVERA GARRETAS, M. (1990): *Textos y Espacios de Mujeres (Europa siglos IV-XV)*. Barcelona: Icaria Editorial.

RIVERA GARRETAS, M. (2005): *La Diferencia Sexual en la Historia*. Valencia: Publicacions Universitat de València.

SILVANO, F. (2021): *Antropologia da Moda*. Lisboa: Documenta.

SŪNTEV, P. (1989): Anthropometric parameters of the hand and their importance for the free skin autograft. *Khirurgiia* 42 (3): 58-61.

TURNER, T. (2012): The Social Skin. *Journal of Ethnographic Theory* 2 (2): 486-504.